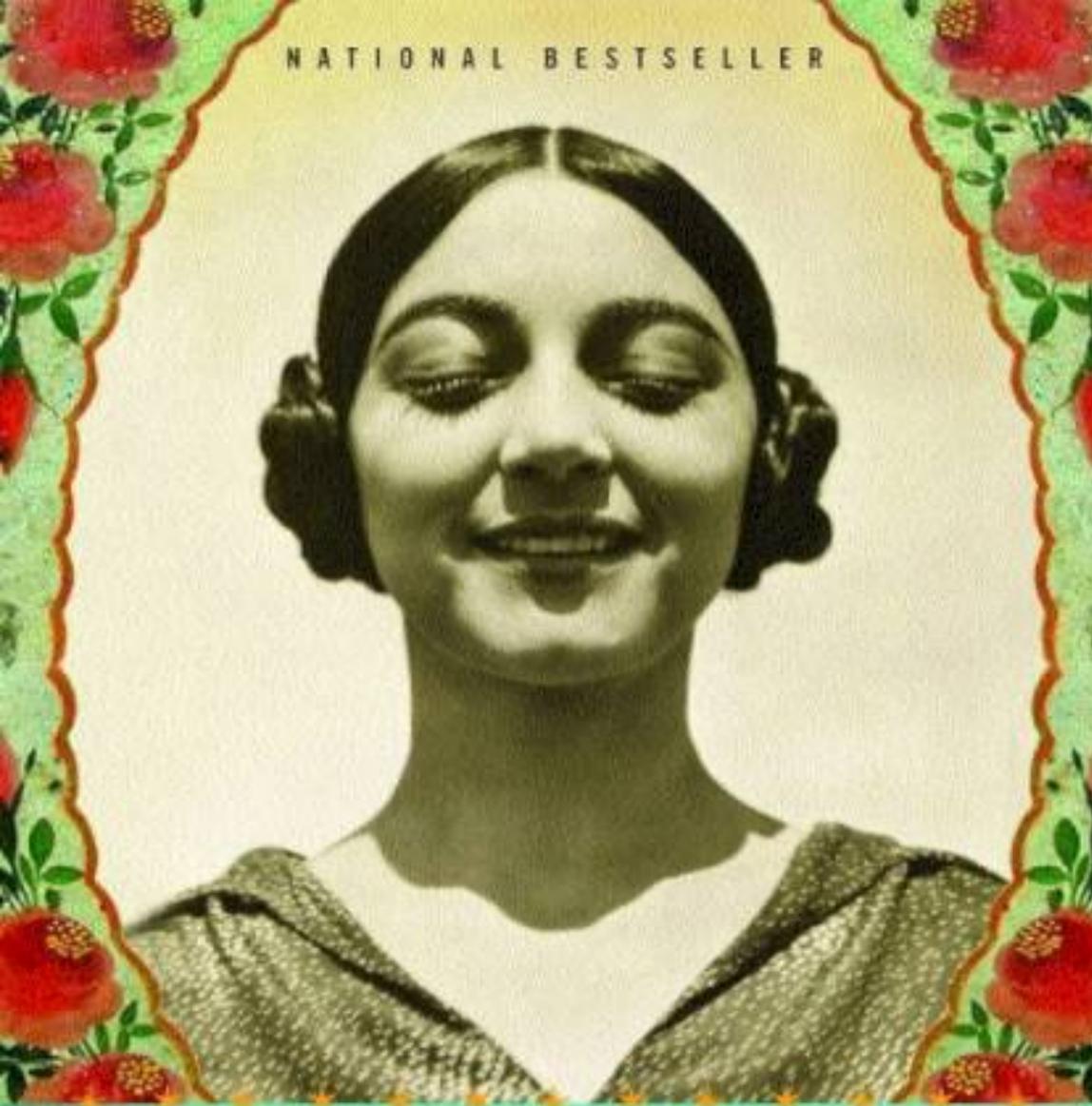


NATIONAL BESTSELLER



"All the energy of a riotous family fiesta. . . Cisneros is undeniably at her peak." —*The Washington Post*

CARAMELO

SANDRA CISNEROS

A novel by the author of THE HOUSE ON MANGO STREET

Annotation

Caramelo comienza con el viaje que la familia Reyes realiza cada verano en un coche rebosante de niños, risas y disputas desde Chicago hasta la Ciudad de México. Allí, todos los años, Lala escucha las leyendas de su familia, separando la verdad de las «mentiras piadosas» que se han transmitido de generación en generación. Con ella recorremos un siglo, desde México, apodado el París del Nuevo Mundo, hasta las calles llenas de música del Chicago de los locos años veinte, para conocer, después, los sinsabores de una Lala adolescente en la tierra —no del todo prometida— de San Antonio, en Texas. Sandra Cisneros cuenta la historia de tres generaciones de la familia Reyes, un linaje de afamados reboceros que emigró al Nuevo Mundo, y que fue enfrentando, con humor a veces y desesperación otras, los cambios culturales implícitos en su migración. Impregnada de la nostalgia permanente del exilio de quienes viven a caballo entre diferentes culturas, describe un paisaje familiar y social sobrecogedor, y su paso por el corazón y por la memoria. Caramelo es una novela vital, inteligente y romántica sobre el lugar de origen, a veces real, a veces imaginado. La crítica internacional se ha deshecho en elogios ante esta esperada novela —desde el *New York Times* al *Publishers Weekly*, pasando por *The Guardian* o *Kirkus Reviews*— describiéndola como un acontecimiento en la trayectoria de la autora más leída de ambos lados de la frontera, en la de la nueva narrativa chicana y en la de la historia de la literatura reciente, por su espontánea capacidad de transgredir los límites entre la narración masivamente popular y la literatura de alta calidad. Divertida y conmovedora, está destinada a convertirse en un clásico.

SANDRA CISNEROS

Caramelo

Traducción de Liliana Valenzuela

Seix Barral

Sinopsis

Caramelo comienza con el viaje que la familia Reyes realiza cada verano en un coche rebosante de niños, risas y disputas desde Chicago hasta la Ciudad de México. Allí, todos los años, Lala escucha las leyendas de su familia, separando la verdad de las «mentiras piadosas» que se han transmitido de generación en generación. Con ella recorreremos un siglo, desde México, apodado el París del Nuevo Mundo, hasta las calles llenas de música del Chicago de los locos años veinte, para conocer, después, los sinsabores de una Lala adolescente en la tierra —no del todo prometida— de San Antonio, en Texas. Sandra Cisneros cuenta la historia de tres generaciones de la familia Reyes, un linaje de afamados reboceros que emigró al Nuevo Mundo, y que fue enfrentando, con humor a veces y desesperación otras, los cambios culturales implícitos en su migración. Impregnada de la nostalgia permanente del exilio de quienes viven a caballo entre diferentes culturas, describe un paisaje familiar y social sobrecogedor, y su paso por el corazón y por la memoria. Caramelo es una novela vital, inteligente y romántica sobre el lugar de origen, a veces real, a veces imaginado. La crítica internacional se ha deshecho en elogios ante esta esperada novela —desde el New York Times al Publishers Weekly, pasando por The Guardian o Kirkus Reviews— describiéndola como un acontecimiento en la trayectoria de la autora más leída de ambos lados de la frontera, en la de la nueva narrativa chicana y en la de la historia de

la literatura reciente, por su espontánea capacidad de transgredir los límites entre la narración masivamente popular y la literatura de alta calidad. Divertida y conmovedora, está destinada a convertirse en un clásico.

Título Original: *Caramelo or Puro cuento*

Traductor: Valenzuela, Liliana

©2002, Cisneros, Sandra

©2002, Seix Barral

ISBN: 9788467204087

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 24/04/2019

Sandra Cisneros

Caramelo

TÍTULO de la edición original: Caramelo or Puro cuento

© Sandra Cisneros, 2002

© de la traducción: Liliana Valenzuela, 2002

© Editorial Seix Barral, 2003

Depósito legal: B. 46025-2003

ISBN 84-672-0408-7

Nota del Editor:

La presente edición reproduce la forma en que los habitantes de las comunidades fronterizas sintetizan un lenguaje formado de palabras en inglés y español, el llamado «lenguaje de la frontera».

Véase nota de la traductora al final del libro.

Para ti, papá

Cuéntame algo, aunque sea una mentira.

NO ME HAGO RESPONSABLE, O NO LA QUIERO, TE LA REGALO, ES DEMASIADO HOCICONA PARA MÍ

La verdad es que estas historias son puro cuento, pedazos de hilo, retazos hallados aquí y allá, bordados y entrelazados para crear algo nuevo. He inventado lo que no sé y exagerado lo que sé, para continuar con la tradición familiar de decir mentiras sanas. Si en el curso de mis inventos he tropezado sin querer con la verdad, perdónenme.

Escribir es hacer preguntas. No importa si las respuestas son verdad o puro cuento. Al fin y al cabo y después de todo, lo único que se recuerda es el cuento, y la verdad se

desvanece como la tinta azul pálido de un diseño de bordado barato: *Eres Mi Vida, Sueño Contigo Mi Amor, Suspiro Por Ti, Sólo Tú.*

PRIMERA PARTE

Recuerdo de Acapulco

Acuérdate de Acapulco, de aquellas noches, María Bonita, María del alma; acuérdate que en la playa, con tus manitas las estrellitas las enjuagabas.

María Bonita, de Agustín Lara, versión cantada por el compositor al piano, acompañado de un violín muy, pero muy, muy dulce

SOMOS chiquitos en la foto de encima de la cama de papá. Éramos chiquitos en Acapulco. Siempre seremos chiquitos. Para él seguimos siendo como en ese entonces.

Aquí están las aguas de Acapulco chapaleando detrás de nosotros, y aquí estamos sentados entre los labios de la tierra y el agua. Los chiquitos, Lolo y Memo, se ponen cuernos; la abuela enojona los abraza aunque nunca en la vida real los haya abrazado. Mamá se sienta tan lejos de ella como le es cortésmente posible; Toto se recuesta a su lado. Los niños grandes, Rafa, Ito y Tikis, están de pie bajo el techo que forman los brazos flacos de papá. Tía Güera abraza a Antonieta Araceli. Tía cierra los ojos cuando el obturador se dispara como si prefiriera no recordar el futuro, la venta de la casa en la calle del Destino, la mudanza al norte a Monterrey.

Aquí está papá entrecerrando los ojos igual que yo cuando me toman una foto. Todavía no se ve acabado, fatigado de trabajar, de preocuparse, de fumar demasiadas ca-

jetillas de cigarros. No hay nada en su cara más que su cara, y un bigote fino y bien recortado como de Pedro Infante, como de Clark Gable. La piel de papá es carnosa y suave, pálida como la panza de un tiburón.

La abuela enojona tiene la misma piel blanca que papá pero en dobleces de elefante, está embutida en un traje de baño del color de un paraguas viejo de mango de ámbar.

No estoy aquí. Se han olvidado de mí cuando un fotógrafo pasa por la playa ofreciendo un retrato, un recuerdo. Nadie se da cuenta de que estoy sola, haciendo casas en la arena. No se darán cuenta de que hago falta sino hasta que el fotógrafo entregue el retrato en casa de Catita, y yo lo vea por primera vez y pregunte: «¿Cuándo la tomaron? ¿Dónde?».

En ese momento todos se darán cuenta de que el retrato está incompleto. Es como si yo no existiera. Es como si yo fuera el fotógrafo caminando por la playa con la cámara de trípode al hombro preguntando: «¿Un bonito recuerdo? ¿Un recuerdo inolvidable?».

1

Verde, blanco y colorado

EL CADILLAC blanco usado nuevecito de tío Chato, el Impala verde de tío Baby, la camioneta Chevrolet roja de papá comprada en abonos ese verano se encarreran hacia la casa del abuelito y la abuela enojona en la Ciudad de México. Chicago, Ruta 66 —Ogden Avenue pasando por la tortuga gigante del *Turtle Wax*—, todo el camino hasta Saint Louis, Missouri, al que papá llama por su nombre en español: San Luis. San Luis a Tulsa, Oklahoma. Tulsa, Oklahoma a Dallas. Dallas a San Antonio a Laredo por la carretera 81 hasta que estamos del otro lado. Monterrey. Saltillo. Matuhuala. San Luis Potosí. Querétaro. Ciudad de México.

Cada vez que el Cadillac blanco de tío Chato rebasa nuestra camioneta roja, los primos —Elvis, Aristóteles y Byron— nos sacan la lengua y nos dicen adiós con la mano.

—Apúrate —le decimos a papá—. ¡Más rápido!

Cuando rebasamos al Impala verde, Amor y Paz jalan del hombro a tío Baby.

—*Daddy, please!*

Mis hermanos y yo les hacemos trompetillas, retorremos la lengua y hacemos caras, escupimos y señalamos y reímos. Los tres carros —el Impala verde, el Cadillac blanco, la camioneta roja— en una carrera, a veces rebasándose por el borde de la carretera. Las esposas gritando: «¡Más lento!». Los niños gritando: «¡Más rápido!».

Qué desgracia cuando uno de nosotros se marea y tenemos que parar el carro. El Impala verde, el Caddy blanco nos pasan zumbando, ruidosos y alegres como mil banderas. Tío Chato hace *pip pip* con el claxon como loco.

2

Chiflante

SI LLEGAMOS a Toluca, me voy de rodillas a la iglesia.

Tía Licha, Elvis, Aristóteles y Byron arrastran cosas a la banqueta. Licuadoras. Radios de transistores. Muñecas Barbies. Navajas del ejército suizo. Candelabros de cristal de plástico. Aviones a escala. Camisas de vestir de hombre con cuello abotonado. Brasieres de realce de encaje. Calcetines. Collares de cristal cortado con aretes que hacen juego. Maquinillas para cortar el pelo. Lentes de sol con espejo. Faja pantaletas. Plumas atómicas. Juegos de sombras para los ojos. Tijeras. Tostadores. Suéteres de acrílico. Colchas satinadas. Juegos de toallas. Todo esto además de cajas de ropa usada.

Afuera, rugiendo como el océano, el tránsito de Chicago proveniente de las vías rápidas de Northwest y Congress. Adentro, otro rugido; en español del radio de la cocina, en inglés de las caricaturas de la tele, y en una mezcla de ambos de sus niños que piden un *nicle* para la limonada italiana. Pero tía Licha no oye nada. Tía Licha está murmurando un trato:

—Virgen Purísima, si llegamos siquiera a Laredo, aunque sea eso, rezaré tres rosarios...

—Cállate, vieja, me pones nervioso.

Tío Chato está ajustando la rejilla portaequipajes encima del techo. Le ha tomado dos días hacer que todo quepa en el coche. La cajuela del Cadillac blanco está llena hasta el tope. Las llantas se ven bajas. La parte trasera del carro se hunde hasta abajo. No cabe nada más que los pasajeros y aun así los primos tienen que sentarse en las maletas.

—Papi, ya me duelen las piernas.

—Tú, cállate el hocico, o te vas en la cajuela.

—Pero ya no hay lugar en la cajuela.

—¡Te dije que te callaras el hocico!

Para pagar por las vacaciones, tío Chato y tía Licha siempre llevan cosas para vender. Después de visitar al abuelito y la abuela enojona en la ciudad, hacen un viaje extra a Toluca, el pueblo de tía Licha. Todo el año su departamento parece tienda. El equivalente a un año de fines de semana pasados en el mercado de la pulga en Maxwell Street¹ coleccionando mercancía para el viaje al sur. Mi tío dice que lo que se vende es lo chillante.

—Mientras más charro mejor —dice la abuela enojona—. No tiene caso llevar algo de valor a ese pueblo de indios.

Cada verano es algo increíble lo que se vende como *hot queques*. Llaveros de Topo Gigio. Rizadores de pestañas. Juegos de perfume Wind Song. Gorros de plástico para la lluvia. Este año mi tío le está apostando a los yoyos fosforescentes.

Cajas. Encima de las alacenas de la cocina y el refrigerador, a lo largo de las paredes de los pasillos, detrás del sillón modular de tres piezas, del piso al techo, encima o debajo de las cosas. Aun el baño tiene una repisa especial para guardar cosas en lo alto para que nadie las pueda tocar.

En el cuarto de los niños, flotando cerca del cielo raso justo fuera del alcance, hay juguetes clavados a las paredes con tachuelas de tapicería. Camiones de carga Tonka, aviones a escala, juegos de armar todavía en sus cajas de cartón originales con la ventana de celofán. No son para jugar, son para mirar. «Este me lo dieron la Navidad pasada, y ése fue un regalo de cuando cumplí siete años...» Como muestras en un museo.

Hemos estado esperando toda la mañana a que tío Chato llame por teléfono y diga: «*Quihubo, brother, vámonos*», para que papá pueda llamar a tío Baby y decir lo mismo.

Cada año los tres hijos Reyes y sus familias van en carro al sur hasta la casa de la abuela enojona en la calle del Destino, Ciudad de México, una familia al principio del verano, otra a la mitad y otra al final del verano.

—Pero ¿qué tal si les pasa algo? —la abuela enojona le pregunta a su marido.

—Por qué me preguntas a mí, si yo ya estoy muerto —dice el abuelito, retirándose a su recámara con su periódico y su puro—. Vas a hacer tu voluntad, como siempre.

—¿Qué tal si alguien se queda dormido al volante, como la vez en que Concha Chacón se quedó viuda y perdió a la mitad de su familia cerca de Dallas? ¿Qué barbaridad! ¿Y oíste la triste historia de los primos de Blanca? Ocho gentes que se mataron justamente cuando regresaban de Michoacán, afuerita de los límites de la ciudad de Chicago, un tramo de hielo y un poste de luz en un lugar llamado Aurora, pobrecitos. ¿Y qué tal esa camioneta llena de monjitas gringas que se desbarrancó cerca de Saltillo? Pero eso fue en la carretera vieja por la Sierra Madre antes de que construyeran la autopista nueva.

De todos modos, conocemos de sobra las cruces del camino y las historias que representan. La abuela enojona se queja tanto, que sus hijos finalmente se dan por vencidos. Por eso este año, tío Chato, tío Baby y papá —el Tarzán— por fin se ponen de acuerdo en manejar juntos, aunque nunca se ponen de acuerdo en nada.

—Si me preguntas a mí, esa idea me parece puros líos —mamá dice mientras trapea el linóleo de la cocina.

Grita de la cocina al baño, donde papá se recorta el bigote sobre el lavabo.

—Zoila, ¿por qué eres tan terca? —papá grita al espejo, empañándolo—. Ya verás, vieja, nos vamos a divertir.

—Y no me llames vieja —mamá le contesta a gritos—. ¡Me choca esa palabra! No soy vieja, la que es vieja es tu mamá. Vamos a pasar todo el verano en México. No saldremos hasta que acabe la escuela, y no regresaremos hasta

que haya empezado. Papá, tío Chato y tío Baby no tienen que reportarse a la mueblería L. L. Fish Furniture Company sobre la calle de Ashland al sur hasta septiembre.

«Como somos tan buenos trabajadores el jefe nos dio todo el verano libre, figúrate nomás.»

Pero eso es puro cuento. Los tres hermanos Reyes han dejado sus trabajos. Cuando no les gusta un trabajo, renuncian. Agarran sus martillos y dicen: «*Hell yu Get outa Ful of chit*». Son artesanos. No usan engrapadora y cartón como los tapiceros de Estados Unidos. Hacen sofás y sillas a mano. Trabajo de calidad. Y cuando no les cae bien un jefe, agarran sus martillos y sus tarjetas de asistencia y salen maldiciendo en dos lenguas, con tachuelas en las suelas de los zapatos y pelusa en el cabello y la cara sin afeitar, y con pedacitos de hilo colgando de la bastilla de sus suéteres.

Pero no renunciaron esta vez, ¿o sí? No, no. La verdadera historia es ésta. Los jefes de la L. L. Fish Furniture sobre Ashland al sur han empezado a descontarles de su sueldo porque llegan dieciséis minutos después de la hora, cuarenta y tres minutos, cincuenta y dos, en lugar de a tiempo. Según tío Chato: «Sí, llegamos a tiempo», depende de a qué tiempo te refieras: tiempo occidental o el calendario del sol. La L. L. Fish Furniture Company sobre Ashland Avenue al sur ha decidido que ya no tiene tiempo para los hermanos Reyes. «*Go hell... Guat's a matter... Seim tu yu moder!*»

Fue idea de la abuela enojona que sus *mijos* manejaran juntos a México. Pero años después todos olvidarán este detalle y se culparán entre ellos.